REPÚBLICA, INTELECTUALES Y LUCHA DE CLASES

ARMANDO LÓPEZ SALINAS

70 aniversario de la II República Española

40 aniversario del Caum

PALABRAS INNECESARIAS ANTE UN TEXTO NECESARIO

Los partidarios de la Monarquía –ese excéntrico anacronismo que permite a una familia ejercer el poder sobre un país, y arrogarse su representación, por el oscuro motivo de que en tiempos lejanísimos algún golpe de fuerza posibilitó que sus antepasados secuestraran la voluntad popular, y que sus beneficiarios hacen creer que fue obra de la voluntad divina- suelen esgrimir como argumentos definitivos a su favor que tal institución garantiza de manera natural y sin daños la continuidad en el gobierno de la nación y la integridad de su territorio. Prescindiendo de que, en nuestros días, la apelación a la Providencia (en los países, entre los cuales los europeos, en los que los avances tecnológicos han determinado una concepción del mundo más racional por la que, citando a Gabriel Celaya, al lograrse el uso de razón se pierde el uso del misterio) tiene escasa fuerza de convicción, basta recordar que la causa teórica que ha originado muchas guerras civiles, tanto en España como fuera de ella –la de las Dos Rosas, por ejemplo, en Inglaterra, y las Carlistas y de Sucesión en nuestro propio suelo- fue la altura que determinada rama alcanzaba en el árbol genealógico, de savia en la mayoría de los casos empobrecida por la endogamia, de algún miembro de la familia real, para denunciar la falacia de la supuesta continuidad sin traumas colectivos. Y la indeseada y peligrosa presencia del **Tireless** en la Bahía de Algeciras puede también recordarnos, para dar al traste con el cuento chino de que las monarquías salvaguardan la integridad nacional, que, en definitiva, fue el hecho trascendental de que Carlos II no tuviera descendencia lo que originó que, tras una catástrofe bélica de dimensión internacional, Gibraltar pasara a ser del dominio de Inglaterra. Como nos recuerda Armando López Salinas al comienzo de la apasionante –y apasionada- conferencia que el CAUM tiene el acierto de editar –lo que dicho sea de paso pone de manifiesto que sigue siendo casi tan imprescindible como cuando se fundó en los años sesenta y era prácticamente el único posible lugar de reunión de los "sospechosos de costumbre"-, ahora que ***estamos al borde, lo hemos comprobado una vez más con motivo del 20º Aniversario del aún no del todo clarificado intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, de la beatificación mediática del rey Juan Carlos en los altares de la Prensa, la Radio o la Televisión***, es no sólo importante, sino necesario, que se favorezca la difusión de las voces y los textos de quienes no se resignan, desde su capacidad de expresión, a ocupar un puesto de trabajo tradicionalmente garantizado por la Monarquía: el de bufón.

No faltan, y da mucha vergüenza, escritores o periodistas que se presten a tan modesta ocupación o a la de turiferarios reales. Para ellos, ser monárquico –dicen- es lo moderno, lo progresista. El republicanismo es un concepto arcaico, trasnochado (como, por ejemplo, acusar a los gobiernos yanquis de imperialistas o no entusiasmarse con la los bombardeos sobre la población civil de Belgrado perpetrados por la OTAN, a la que imaginamos nombrarán en Yugoslavia como "Organización Terrorista del Atlántico Norte", es una actitud de dinosaurios; recordar que cuando se consultó al pueblo español sobre su ingreso en ella fue a cambio de no integrarla en su estructura militar y reducir la presencia norteamericana en las bases llamadas "de utilización conjunta" en vez de ampliarla, una conducta decimonónica). Por eso es tan de agradecer la bocanada de aire republicano, digno y lúcido, y documentado, que nos regala Armando –tan ajeno al arrobo monárquico- al recordarnos que, si en algún momento de la reciente crónica histórica pudo estar justificado –lo dudo- relegar a un segundo plano la discusión entre las dos tradicionales formas de Estado –Monarquía y República- para que viviéramos bajo una o con la otra, cuando ya ha pasado un cuarto de siglo desde que Franco, y con él la mayoría de los restantes españoles, pasáramos a mejor vida, el retorno a la lucha por la República –lo que equivale a decir el renacimiento de una indestructible seña de identidad de la izquierda- sigue exigiendo todos nuestros esfuerzos. Porque, dejando a un lado el hecho de que es una simple cuestión de dignidad no aceptar que una familia –la que ocupa el trono de

España tan admirablemente retratada en su día por don Francisco de Goya- se eleve por las buenas sobre las demás, y en el caso que nos ocupa, para colmo, por decisión personal de un personaje especialmente siniestro de cuyo nombre no quiero acordarme; dejando a un lado que, por definición, la palabra **democracia** se opone a **autocracia**, hay que recordar, primero, que los países con regímenes monárquicos donde la libertad de los ciudadanos no está secuestrada son aquéllos en los que se acentúa su carácter no autocrático mientras que los regímenes republicanos donde no se respetan los derechos civiles son los que sí ponen el acento en su especificidad autárquica, es decir: monárquica, y, segundo, que, concretamente en España, todas las reformas tendentes a mejorar la situación vital de los ciudadanos, del pueblo en su conjunto –tales como reforma agraria, reforma fiscal, liberalización moral al margen de la tenebrosidad de la Iglesia, desarrollo de la educación y consiguiente lucha contra el analfabetismo, expansión de los derechos humanos en suma-, se han intentado durante la Primera y Segunda República, y han sido abortadas por los pronunciamientos militares, de Sagunto o del 18 de julio, tendentes a volver a la situación anterior.

El trabajo que van Vds. a leer es toda una lección de historia contemporánea. Su autor nos recuerda cómo el pueblo español, uno de cuyos sectores más encanallados porque era el más dócil a la nefasta influencia eclesial había llegado a gritar "¡vivan las *caenas*!", fue adquiriendo a lo largo de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del ya pasado siglo XX una nueva conciencia... y una nueva capacidad de organización. Y cómo, a cada justa llamada reivindicativa se oponía, siempre con la Corona como una losa difícil de levantar, la represión de los que defendían, y siguen defendiendo, sus intereses. (A los agudos críticos que califiquen estas palabras de demagógicas les recuerdo, una vez más, que demagogia es el nombre que da la derecha a la justa denuncia que de sus atropellos hace la izquierda.) Armando López Salinas nos explica la historia recordándonos la intrahistoria, es decir: poniendo de manifiesto las causas sociales que provocaron tal o cual acción. Y no vacila en acusar como cuando, por ejemplo, nos obliga a acordarnos de qué relación hubo entre el "expediente Picasso", en el que se señalaba al mismo tiempo que el abismo de degradación en que había caído gran parte de la oficialidad del Ejército español la responsabilidad de Alfonso XIII en el desastre de Marruecos –en el sacrificio de miles de vidas humanas, pero barata carne de cañón al fin y al cabo- y el golpe de Estado del general Primo de Rivera. Como tampoco vacila en elogiar el entorno republicano en su ámbito cultural, mucho antes de que conceptos como "Institución Libre de Enseñanza" dieran paso al estilo de educación desarrollado en colegios de frailes, como el que conoció Armando en sus inicios, donde sin duda intentaron meterle en la cabeza las nueve categorías que constituyen los coros angélicos según Nuestra Santa Madre Iglesia.

Armando López Salinas es un escritor –un comunista escritor, lo que tal vez no sea lo mismo que un escritor comunista- que ha sacrificado a la lucha política su capacidad literaria, que ha preferido dejar de lado en muchas ocasiones porque más urgentes quehaceres, de proyección para él más interesantes y necesarias que el crecimiento de su propio prestigio, requerían su dedicación. No creo exagerar si digo que, para la mayoría de quienes hemos tenido el privilegio de conocerle en su entrega política, ha sido –desde luego para mí lo es- una referencia humana. Un ejemplo. Pero que haya sacrificado su tiempo poniéndolo al servicio de los demás no ha evitado que, de todas maneras, haya dejado su huella en el terreno literario. Un breve relato, **Aquel abril,** le proporcionó el premio ***Acento***. Fue finalista del ***Nadal*** con **La mina**, una de las mejores novelas representativas del llamado "realismo social", pese a que las mutilaciones a que fue sometida, si no por la Brigada Social sí por la censura, le hicieran perder parte de su vigor. **Caminando por las Hurdes** con Antonio Ferres escribió el primero de sus libros en colaboración con algún otro andarín de su oficio, como Alfonso Grosso, con quien recorrió las márgenes del Guadalquivir **Por el río abajo**, y Javier Alfaya, que le acompañó en su **Viaje al País Gallego** y fue su tercer "compañero de viaje". En los tres reportajes dieron sus autores una visión poco a tono con el triunfalismo del ministro de Información (¿?) y Turismo del momento sobre la realidad que contemplaban. **Año tras año**, prohibida en su momento en España y recientemente reeditada por ***Alcayuela*** con un interesante prólogo de Eugenio de Nora, ganó por unanimidad del jurado el premio de novela ***Ruedo Ibérico***, que convocó por

primera –y a la postre única- vez en París, en 196l, la editorial del mismo nombre. Es su obra más importante, aunque no estaría mal que, ahora que puede publicarse **La mina** sin censura, alguna editorial se decidiese a emprender la aventura.

Volviendo, para terminar, al tema político, imagino que el lector sabrá establecer, mientras asimila esta meditación de Armando López Salinas sobre la historia, el compromiso intelectual, la lucha de clases, la Monarquía y la República, los paralelismos con el tiempo actual y sus circunstancias que el autor sugiere. Personalmente, sólo añadiré que el hecho de que el CAUM me haya encomendado la innecesaria tarea de escribir unas notas al principio de este importante trabajo lo considero un honor.

Carlos Alvarez.

REPÚBLICA, INTELECTUALES Y LUCHA DE CLASES

Señoras y señores: Hablar de República en fechas cercanas al 14 de abril y en la desmemoriada España en la que hoy vivimos parece empresa atrevida. Atrevida más aún cuando de manera sistemática, programada cabría decir, se nos viene presentando la transición de la dictadura franquista a la democracia como el logro del buen hacer de los Borbones, padre e hijo.

Estamos al borde, lo hemos comprobado una vez más con motivo del 20º Aniversario del aún no del todo clarificado intento del golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, de la beatificación mediática del Rey Juan Carlos en los altares de la Prensa, la Radio o la Televisión.

Atrevámonos, de todas maneras, a pesar del fin de la historia programado y de las encargadas misas de réquiem por republicanos, comunistas y otras gentes de izquierda , a ser aguafiestas y decir algunas palabras como anarquía, república, gentes de la cultura y lucha de clases en nuestro país.

Setenta años se cumplen ahora de aquel glorioso 14 de abril de 1931. Se nos ha dicho una y otra vez que la República llegó cuando no se esperaba. Alguien, cuyo nombre a buen seguro recordaré en esta charla, pronunció una frase que se hizo célebre entonces: “Que me dice usted de un pueblo que se acuesta monárquico y se levanta republicano”. Parecía que todo se había reducido a unas elecciones municipales y al talante pacífico y patriótico de unas fuerzas de orden público mandadas por el General Mola y un ejército y un Rey, Alfonso XIII, que voluntariamente abandonaba el trono . Nada más alejado de la realidad que aquella brillante frase.

La lucha por la República había comenzado mucho antes del 14 de abril y para lograrla se necesitó una gran confluencia de factores sociales, culturales y políticos. Varios de estos factores, en mi opinión, se dan cita el 14 de abril de 1931 para que ese grito del pueblo madrileño de “no se ha ido, que lo hemos barrido” llevara a Alfonso XIII a embarcarse en Cartagena rumbo a Italia.

Los momentos más importantes de ese proceso fueron como ustedes saben: las guerras civiles y el alzamiento revolucionario del XIX, la aparición del movimiento nacionalista en Cataluña en la llamada “Semana Trágica” de 1909, la huelga general de 1911, la constitución de las Juntas de Defensa por parte de un Ejército perdedor del Imperio Colonial y que ocupaba su propio país, la intentona revolucionario de 1917 y el fracaso de la dictadura militar de Primo de Rivera.

Cabe decir que las causas de esa agitación político social tienen su origen en que España había realizado, acorde con el desarrollo industrial de otros lugares de Europa la revolución democrático-burguesa con la que soñaban los liberales del XIX. La crisis española no podría ser resuelta en el marco del régimen monárquico clerical y político dominante. La ausencia de una burguesía capaz de tomar las riendas del país explica el papel predominante jugado en la vida política española por el Ejército, fuerza organizada, centralizada y disciplinada que muestra su poder incluso hasta tiempo después de la entronización de Juan Carlos I cuando el 23F.

Como ustedes saben, tras la guerra hispano norteamericana de 1898, España perdió sus colonias en el Caribe y en el Pacífico, importantes mercados exteriores. Situación que llevó a terratenientes e industriales a intensificar la explotación de los trabajadores de la ciudad y del campo. En Euskadi y Cataluña, sobre todo en Cataluña, se amplió el movimiento nacionalista

que impulsado por la burguesía reclamaba del Gobierno central concesiones que le resarcieran de la pérdida de mercados.

Así las cosas, la Monarquía alfonsina acentuó la política de intentar la ocupación militar de Marruecos. Pero las consecuencias de esta nueva aventura colonial pronto se dejaron sentir. La ocupación del Gurugú y de Nador a cuenta de 45.000 hombres y 13 generales se saldó con más de 1500 muertos y un sinnúmero de heridos.

En protesta por ello y por otras causas, pronto se levantaron barricadas en Barcelona y diversos lugares de Cataluña. En la capital catalana los huelguistas se apoderaron prácticamente de la ciudad y en Sabadell, Mataró y Manresa se proclamó la República. Mientras, en Madrid se insubordinaba el regimiento de Arapiles y en Valencia se producían manifestaciones. Republicanos de diversas tendencias, ya federalistas a lo Pi Margall o institucionalistas como Gumersindo Azcarate, junto a socialistas y otras fuerzas, se manifestaban contra la guerra.

Llegó la hora de la represión y de la utilización de la artillería en las calles catalanas. En sólo dos semanas procesaron a más de 1000 personas, la mayoría trabajadores. Y Ferrer Guardia Director de la Escuela Moderna, libertario teórico al que no se le pudo probar participación alguna en el conflicto, fue fusilado en medio de grandes protestas en España y fuera de España contra la Monarquía de Alfonso XIII. Joaquín Costa se pronunció entonces contra la guerra, y hay que recordar que este ilustre regeneracionista tan beligerante con el sistema de la Restauración promovido por Canovas y Sagasta había señalado en ***La última tregua*** que en España "hacía falta un gobierno de carácter revolucionario que proclamase la República". "El que volvamos a tener patria, afirmaba, depende de que se haga una revolución". Claro está que para Costa esa revolución significaba la posibilidad de encabezar la burguesía ilustrada que bebía en la fuente de la Revolución francesa.

De otra parte, y ante la situación creada, Pérez Galdós, Pablo Iglesias y Gumersindo de Azcarate sentaron las bases de una conjunción republicano-socialista que ese mismo año, 1909, había sido fortalecida en bastantes ciudades por las elecciones municipales. En Madrid, por ejemplo, fueron elegidos por la candidatura monárquica 25 personas y otras 25 por la republicano-socialista.

Durante la primera guerra mundial –1914-1918- se enriquecieron un puñado de terratenientes e industriales a cuenta de las exportaciones a los países beligerantes. Subían los precios y escaseaban los productos, y en diciembre del 16 se produjeron importantes movilizaciones contra la carestía de la vida. En 1917, tras la revolución de febrero en Rusia y la caída de los zares, el entusiasmo alcanzó a republicanos y trabajadores, anarquistas o socialistas convencidos de que era posible acabar con la Monarquía. Después, en octubre de 1917 -huelgas revolucionarias, barricadas, cañones del "Aurora", manifestaciones en toda Europa- se abre un proceso que envolverá al capitalismo europeo removiéndolo en todos sus cimientos. Recuérdese la literatura alemana entre guerras, la literatura socialista, el aire revolucionario, casi de panfleto, del manifiesto de Bretón. Recuérdese la participación de los intelectuales en los avatares políticos, Kandinskyi, Le Corbussier, Benjamín van a Moscú a la búsqueda de un destinatario para sus trabajos, el proletariado triunfal. La vanguardia cultural se hace comunista. La poesía, la pintura, el teatro, la arquitectura, la música y el cine deben ayudar a cambiar el mundo. La revolución cultural es imprescindible en el cambio social.

En España la huelga general, sobre todo en Asturias y Vizcaya, adquiere singular violencia con enfrentamientos armados entre trabajadores y fuerzas de orden público. El conflicto se salda con 70 muertos y centenares de heridos. El turno de partidos de la Restauración -liberales y conservadores- partidos dinásticos y domesticados los dos, queda herido de muerte, aunque ciertamente se mantuviera de un modo u otro hasta septiembre de 1923 cuando el general Primo de Rivera da un golpe de Estado de acuerdo con Alfonso XIII. Se trataba de frenar la

marea obrera, republicana y nacionalista. Cabe recordar que el movimiento obrero había logrado en 1919 a través de múltiples conflictos la jornada de 8 horas. De otra parte, en Italia y Bulgaria se habían instalado, de acuerdo con las casas reinantes, regímenes políticos fascistas, y en Hungría y Polonia dictaduras reaccionarias. Vale decir, sobre todo para España, que prácticamente en toda Europa el movimiento obrero, tras la oleada de la revolución bolchevique, parecía paralizado. En 1921, como ustedes saben, nace el Partido Comunista.

Entiendo también que, en mi opinión, el camino hacia la República del 14 de abril de 1931 es abierto por la espléndida labor proselitista o de lucha ideológica, si ustedes lo prefieren, que fue llevada durante largos años y con diversos contenidos por un buen número de instituciones culturales de nuestro país, además de por la prensa obrera y progresista republicana. Aparecieron nuevas ideas en el campo de la ciencia, de la educación y de la sociología que iban a tener una amplia repercusión política. Ahí están la Generación del 98, del 27, de los llamados treintistas. Y la Institución Libre de Enseñanza, la Residencia de Estudiantes, los Ateneos (en especial el de Madrid).

Se trataba en gran medida, tras siglos de oscurantismo en aquella España empeñada en ser "martillo de herejes" y luz de Trento", de ensanchar el deber humano y sus aplicaciones prácticas. Vale decir a la manera de Gramsci, de la necesidad de la burguesía de crear un aparato ideológico y hegemónico que le permitiera alzarse con el poder político. Sin duda el punto de partida que enlazaba perfectamente con las corrientes republicanas y federalistas del Siglo XIX, y también con las que siguieron aunque con matices hasta 1931, fue la citada Institución Libre de Enseñanza que fundara Giner de los Ríos. Ahí está, dicen los historiadores, el hondón del progreso que significa la obra de Galdós, de Costa, de Baroja, de Picabea, de Mallada, de Altamira o de Clarín. Ciertamente la Generación del 98 es heterogénea: así Unamuno, Azorín o Baroja, que niega la existencia de esta Generación; Ramiro de Maeztu, Machado o Valle Inclán. Pero también es cierto que todos ellos tratan de buscar un punto de acuerdo entre el intelectual y la sociedad de su tiempo o de la idea que tienen de esta sociedad. Tratan, en definitiva, de explicarse España.

Viajeros por nuestro país, a trancas y barrancas dan cuenta de decadencias patrias y desprestigios políticos. Unamuno, Machado, Baroja, Azorín -viajeros sobre todo por Castilla- llevarán a cuestas sus deseos de renovación material y espiritual tras los desastres imperiales que habían arruinado la tierra española. Y dejan sus improntas morales, políticas y estéticas en espléndidos relatos. Un despertar agrio el de España como creo que fue Unamuno quien lo dijera, como todos los que sacan del sueño, del sueño sin sueños, decía el filósofo, aunque también era cierto –como ha señalado Emilio Nadal en sus notas para un ensayo español- que para ellos no era en el hombre de la calle o del campo o de la mina, coetáneos suyos, donde se escondía el secreto y la respuesta al enigma español, sino en Don Juan, en las Casas, Ruy Díaz de Vivar o en Don Quijote.

La Institución Libre de Enseñanza viene a significar durante mucho tiempo la corriente cultural y humanística más importante que se enfrenta a la impronta monárquica y clerical, casi de corte feudal, dominante en nuestro país. A la Institución, según parece, acudían los hijos más preclaros de la burguesía avanzada, culta y republicana que, a través de sus visitas, de sus viajes a Europa y a través de los intercambios culturales, llevaban y traían las ideas que dominaban o se abrían paso en el tiempo aunque defendieran y plantearan la defensa de la clase social de la que eran expresión cultural. Más tarde, algunos de esos hombres de la I.L.E. o de la Residencia de Estudiantes o del propio Ateneo se enfrentaron al empuje obrero, clasista tras la Revolución de Octubre.

En ese tiempo y después, frente al clericalismo dominante, se alzaron otras figuras de la cultura española como Leopoldo Alas o Blasco Ibáñez, escritor este último de gran predicamento popular y denunciador republicano de la Restauración, de la alianza entre el

trono y el altar sostenida por el Ejército. Son los tiempos –seguramente lo recordarán Uds.- del nacimiento de la Revista de Occidente o del periódico El Sol impulsados por Ortega y Gasset.

Pero ya en España, como en tantos lugares de Europa, se iban a enfrentar dos concepciones de la Revolución democrática. O era el proletariado surgido tras la Revolución de Octubre el que la llevaba hasta las últimas consecuencias o esa Revolución estaba condenada a naufragar en nuestro país como había naufragado en todas partes en manos de una burguesía que desfallecía frente al poder del Ejército y otros grupos sociales.

Tres grandes cuestiones se situaban en aquel tiempo en el centro del conflicto de nuestro país: la guerra de Marruecos, el exacerbamiento nacionalista -fundamentalmente el catalán- y los problemas del Movimiento Obrero, problemas todos ellos que, como dije antes, motivarían el golpe de estado de 1923.

Las cosas empezaron, como sabéis, en el verano del 21 cuando el General Fernández Silvestre fue derrotado por el dirigente del pueblo rifeño Abd-el Krim que obligó a las tropas españolas a refugiarse en Melilla. Entre Monte Arruit, Zelván y el Barranco del Lobo murieron más de 10.000 soldados españoles y, ante la gravedad de los hechos el rey encargó a Antonio Maura la formación de un gobierno para hacer frente a la crisis. Al abrirse el expediente sobre los desastres de la guerra de Marruecos –el llamado expediente Picasso, general instructor- se acumularon evidencias sobre la corrupción y degradación moral y económica a la que había llegado una gran parte de la oficialidad del Ejército español en el Norte de África. Y se revelaron también en una especie de "sálvese quien pueda" las responsabilidades de la Monarquía en el desastre. La sangre llegaba al pie del trono. Las gentes, las madres de los soldados, los trabajadores de muchos lugares de España, se tumbaban en las vías férreas impidiendo la marcha de los reclutas a la matanza de África, a la guerra de África.

Al mismo tiempo, aún coleaban en el campo andaluz la ocupación de tierras y las luchas jornaleras del llamado "trienio bolchevique" del 17 al 20, cuando se quería proclamar el comunismo libertario. Y, en las zonas industriales, los sindicatos Unión General de Trabajadores y C.N.T. aumentaban su fuerza y afiliación: huelgas de Puertollano, de Almería y de Vizcaya, algunas de las cuales duró tres meses (casi tanto como va a durar la de Sintel ahora). En Barcelona se generalizaba la guerra sucia declarada por la patronal y la policía contra los dirigentes obreros. Guerra sucia a la que un sector del movimiento anarco-sindicalista respondió del mismo modo: a tiros y bombas. Hubo días en aquellos años –según la prensa de la época- en el que llegaron a morir 20 personas de forma violenta.

También se agravó la llamada cuestión nacional. El nacionalismo catalán –a pesar de la presencia de Cambó en el Gobierno de Madrid- presionaba a la búsqueda de formas de autogobierno y de mayor poder económico, y las ideas de Sabino Arana penetraban en amplios sectores de la burguesía vasca que daban un creciente apoyo al Partido Nacionalista.

Aunque el desencadenante de la crisis fue el intento de salvar al Rey y a la institución monárquica ante las evidentes responsabilidades dinásticas en la guerra de Marruecos, también se trataba de frenar por la fuerza las luchas obreras y las exigencias de la burguesía vasca y catalana a la hora de repartir el poder político en nuestro país. Vale decir que Alfonso XIII, propiciador de la Dictadura de Primo de Rivera que se ciscaba en la Constitución vigente de 18 76, al afirmar que el General era su Mussolini firmó el acta de defunción de la Monarquía española.

Pronto la solución de la Dictadura para mantener el sistema monárquico resultó insuficiente, pues continuaban los viejos problemas de la nación: poderes de la Iglesia y del Ejército, centralismo excluyente que beneficiaba a aristócratas latifundistas frente a intereses industriales vascos y catalanes, concentración de la riqueza, etc. Primo de Rivera no pudo llevar a cabo su intento de crear unas estructuras análogas a las del fascismo italiano: partido

único, asamblea corporativa, intervención en la economía en favor de los monopolios y las altas finanzas. La primera etapa de la Dictadura, del 23 al 25, se caracterizó por un apoyo total del Ejército, la Iglesia y los grandes terratenientes; la segunda, que es la del apogeo del poder personal del dictador, por el apoyo del Gobierno francés en la guerra de Marruecos tras el desembarco en Alhucema que puso fin al conflicto militar con la derrota de Abd el Krim. Primo de Rivera llevó al Gobierno a la Unión Patriótica, partido paramilitar y monárquico de corte parafascista en el que militaban Eduardo Aunós, Calvo Sotelo, Yanguas Messía y el Conde de Guadalhorce. Entre los años 25 y 27 se fundó CAMPSA, y crecieron las confederaciones hidrográficas, los primeros paradores de turismo y la red de firmes especiales. Del 27 al 30 es la última etapa de la Dictadura. El marasmo de las finanzas públicas, la crisis económica que muestra su fuerza en EE.UU. comienza a trasladarse a Europa, y en España alguna intentona militar propiciada por Sánchez Guerra lleva a los generales a retirar su confianza a Primo de Rivera, que presenta su dimisión al Rey el 28 de febrero de 1930. Alfonso XIII "borbonea" una vez más a su propia gente, a sus propios generales y los hace dimitir. La Unión Patriótica, partido único existente, entra en barrena y desaparece. La Dictadura de Primo de Rivera es sustituida, como se sabe, por la dictablanda -así se llamó- del General Berenguer y el Almirante Aznar, lo que constituyó un nuevo error de Alfonso XIII que trataba de demorar la apertura de un proceso constituyente necesario en nuestro país. Y cuando el Almirante Aznar quiso llevarlo a cabo a través de la convocatoria de elecciones, municipales primero y generales después, ya era tarde: la Monarquía no tenía remedio y la República era para una gran parte de la población el único horizonte posible.

Las corrientes republicanas se habían desarrollado mucho en los últimos años por el modo en que Alfonso XIII se había comprometido con la Dictadura y antes con la impopular guerra de Marruecos. Y hay que decir también que, en ese tiempo, una parte de la burguesía monárquica -monárquico fue el primer Presidente de la República, Alcalá Zamora- entre salvar la Monarquía o los propios intereses optó por hacerse republicana para mantener sus privilegios.

En aquellos tiempos los conflictos sociales y el crecimiento de la Unión General de Trabajadores y del PSOE, así como de la C.N.T. en Cataluña y Aragón, habían llevado la lucha de clases a una situación de mayor confrontación entre el capital y el trabajo, tanto en la ciudad como en el campo. A los años del pistolerismo de la patronal y de la respuesta de plomo de los grupos anarquistas o anarco-sindicalistas de los Ascaso y Durruti sucedieron los tiempos en que se iban a producir nuevos alineamientos políticos en la clase obrera de nuestro país. El Dictador pactó con la U.G.T., y a través de este Sindicato con el PSOE, el funcionamiento del Sindicato y del Partido. Las sedes de ambas entidades permanecieron abiertas, aunque controladas durante la dictadura. Se formaron comités paritarios entre el Sindicato y la Patronal a la hora de negociar los conflictos. Pero clausuró totalmente los locales de la C.N.T. y persiguió hasta el final, sin contemplaciones, al prácticamente recién nacido Partido Comunista, que vio cerrado sus locales, prohibida su prensa y detenidos todos sus dirigentes. Cinco Comités centrales del P.C. (hoy P.C.E.) fueron detenidos entre los años 23 y 30, y cuando llegó la República, los comunistas no eran más de 800 en toda España.

Así las cosas, la sublevación republicana de Jaca, el 12 de diciembre de 1930 marcó el comienzo de la crisis final de la Monarquía y, a pesar del fracaso de dicha sublevación y de la de Cuatro Vientos (donde participó Ramón Franco hermano del futuro dictador), la ejecución sumaria de los capitanes García Hernández y Fermín Galán forjó los héroes populares que necesitaba el ideario republicano.

Al tiempo arreciaba la confrontación del mundo intelectual con la institución monárquica, confrontación que ya se había manifestado contra Primo de Rivera. Unamuno, Valle Inclán, Blasco Ibáñez, Menéndez Pidal, Machado, Gregorio Marañón y otros levantaron su voz contra el sistema. El Ateneo de Madrid, de la mano de Manuel Azaña se transformó en un centro de irradiación contra la Monarquía. Ortega y Gasset, Ayala y otros fundaron la Asociación al

Servicio de la República. Publicaron en el diario El Sol el famoso manifiesto titulado "Delenda est Monarchia". De hecho se produjo un acercamiento entre los estudiantes de la FUE, muy activos en las Universidades de entonces, intelectuales y clase trabajadora de nuestro país.

Se ha dicho que la República fue traída por D. Manuel Azaña y el Ateneo de Madrid. La verdad es que el mundo intelectual madrileño, cuando en 1923 Primo de Rivera amordazó a la prensa, se refugió en el Ateneo, y en su Salón de Conferencias se pronunciaron los primeros discursos contra el dictador y la Monarquía. La respuesta de la Dictadura fue la clausura de dicho centro.

Los ateneístas se reunieron entonces en los pasillos, en la "Cacharrería" y en la Biblioteca, donde profesores, estudiantes y profesionales se dedicaban, ya no tanto al estudio y a la investigación científica como al debate político. Para burlar las pesquisas policiales se organizaron en lo que se llamaban las "novenas", es decir, grupos de 9 personas. Se dice que el número de novenas en el Ateneo alcanzó las 200; la primera de todas la que con Azaña, José Giral, Ramón Pérez de Ayala, Luis Araquistain y Jiménez de Asúa. La Dictadura, para acabar con las reuniones del Ateneo, encarceló a su Junta Directiva y nombró a dedo una nueva Junta.

Así las cosas, los ateneístas se trasladaron a la Escuela Nueva en la misma calle del Prado, lugar de alta raigambre democrática y cultural, uno de los puntos de expansión del marxismo en nuestro país y donde en 1921 se fundó el Partido Comunista. Y en 1926, con motivo del 53 Aniversario de la Primera República, José Giral, catedrático de Biología más tarde Presidente del Gobierno, y el Profesor Martín Jara, reunieron allí a diversas personalidades y gentes de la cultura para hacer frente a la Dictadura y trabajar por la República. Nació así Alianza Republicana en la que se integraron Azaña por Acción Republicana, Hilarión Ayuso por los republicanos federales, Marcelino Domingo por los republicanos catalanes, Lerroux por los radicales, Roberto Castrovido por la prensa republicana, y el citado Martín Jara, a la sazón secretario de la Escuela Nueva.

A dicha alianza se sumaron Leopoldo Alas, Machado, Marañón, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset, y Unamuno, que entonces militaba o había militado en el Partido Socialista Obrero Español. Por otra parte, en la "colina de altos chopos" que dijera Juan Ramón Jiménez de la Residencia de Estudiantes, hija de la Institución Libre de Enseñanza, lugar donde se concentraba un número importante de la inteligencia española, del saber cultural de nuestro país (habría que recordar a Lorca, a Luis Buñuel a Moreno Villa, a Pepín Bello, a Dalí, a Pedro Salinas, a Jorge Guillén, o a León Felipe), los citados y tantos más andaban por esos pasillos, por esos campos de la Residencia, echando pestes contra la Monarquía de Alfonso XIII. Habría que recordar al Unamuno desterrado, enviando versos y panfletos donde ponía como chupa de domine al espadón Primo de Rivera, panfletos y versos que circulaban por las redacciones de los periódicos, las tertulias literarias y la Universidad. La FUE los popularizaba y los hacía circular por todo Madrid y por toda España hasta donde llegaba su organización . Y D. Ramón del Valle-Inclán, desde su tertulia de la Granja del Henar, ponía a caer de un burro a Primo y al Rey. Valle, ese tan grande escritor como extravagante ciudadano, al decir del dictador. También Azorín, que entonces posaba de ácrata, desde el café Negresco despotricaba lo suyo contra la Monarquía.

LA II REPÚBLICA

El proceso contra los sublevados de Jaca, en marzo de 1931, se convirtió en un juicio contra el Rey por incumplimiento de la Constitución. Las elecciones del 12 de abril, convocadas para paliar los desastres de la Monarquía, se transformaron en un verdadero plebiscito contra el Rey. Y así, el 14 de abril del 31 se proclamó la República y Alfonso XIII abandonaba España para marchar a Roma por el puerto de Cartagena. "No se ha ido, que lo hemos barrido", cantaba alegre el pueblo de Madrid. El advenimiento de la República situó a España ante su

destino global. El 14 de abril fue saludado con entusiasmo por la inmensa mayoría de los españoles y, a diferencia de en 1868, cuando el levantamiento militar contra Isabel II, ahora se producía una apoteosis cívica, un entusiástico apoyo popular al régimen que nacía sin derramar sangre alguna. La frase "que quieren ustedes que les diga de un país que se acuesta monárquico y se levanta republicano" pronunciada por el Almirante Aznar, Presidente del Consejo de Ministros, hizo fortuna el 13 de abril y quedó para la historia de España. Lo cierto es que para preparar la llegada de la República durante el verano del 30 se constituyó un Comité Revolucionario, el llamado Pacto de San Sebastián para combinar los esfuerzos de todas las fuerzas políticas que estaban a favor del cambio de régimen. Así, Lerroux por Alianza Republicana, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y Ángel Galarza por el Partido Radical Socialista; Manuel Azaña por Izquierda Republicana; Casares Quiroga por la Federación Republicana Gallega; Carrasco y Formiguera por Acción Catalana, Alcalá Zamora y Miguel Maura por la Derecha Liberal Republicana e Indalecio Prieto y Fernández de los Ríos, ambos por su propia cuenta sin la representación total del Partido Socialista. Al pacto de San Sebastián asistieron como invitados Ortega y Gasset y Sánchez Román. Y Marañón se adhirió a ese comité y a los acuerdos tomados.

El 14 de abril aquellos que se encontraban en la clandestinidad tras los sucesos de Jaca se convirtieron en el Gobierno Provisional de la República, que fue presidido por Niceto Alcalá Zamora, con Azaña en el Ministerio de la Guerra, Prieto en Hacienda, Largo Caballero en Trabajo, y Alejandro Lerroux como secretario de Estado. Se trataba, como puede verse, de una conjunción republicano-socialista que llevó a cabo las elecciones para Cortes Constituyentes que se celebraron en julio del mismo año. La primera ciudad en proclamar la República fue Eibar, que a las 7 de la mañana del 13 izó la bandera tricolor en su Ayuntamiento. Después, Valencia, Sevilla, Oviedo y Zaragoza, luego Barcelona. En Madrid, el General Sanjurjo, Jefe de la Guardia Civil que se sublevaría un año después en Sevilla contra la República, se puso a las órdenes de Miguel Maura y Alcalá Zamora en el domicilio del primero. Por la tarde del 14, a eso de las 6, Largo Caballero y Miguel Maura que tardaron más de dos horas en llegar desde Cibeles a la Puerta del Sol –tal era la multitud que salió a la calle a gritar "uno, dos y tres el Botas ya se fue", izaron la bandera tricolor y proclamaron la República desde el balcón del entonces Ministerio de Gobernación y hoy Presidencia de la Comunidad de Madrid. Los soldados y la Guardia Civil se cuadraron cuando Maura les dijo: "Señores, paso al Gobierno de la República". Todo el aparato de la Monarquía se había derrumbado en horas como un castillo de naipes.

Y de aquel día del 14 de abril, en páginas luminosas Antonio Machado ha escrito: "aquellos días, Dios mío, tejidos todos ellos con el más puro lino de la esperanza, cuando unos pocos viejos republicanos izamos la bandera tricolor en el Ayuntamiento de Segovia. Recordemos, acerquemos otra vez aquellas horas a nuestro corazón. Con las primeras hojas de los chopos y las últimas flores de los almendros, la primavera traía a nuestra República de la mano. La naturaleza y la historia parecían fundirse en una clara leyenda anticipada en un romance infantil:

la primavera ha venido
del brazo de un capitán,
cantad niñas a coro,
Viva Fermín Galán.

Las elecciones a Cortes Constituyentes dieron la victoria a la fuerzas republicanas, siendo los socialistas la minoría mayoritaria. La Constitución republicana se aprobó con 368 votos a favor y 89 abstenciones. No hubo votos en contra. La abstención se debió a la cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, cuestión que originó la retirada de Alcalá Zamora y de Miguel Maura del Gobierno Provisional. Entre el 14 de abril del 31 y el 19 de noviembre del 33 hay que situar lo que se ha llamado el bienio transformador. Podemos decir que ante todo existía en los medios republicanos el propósito de acabar con los pronunciamientos y golpes de

estado militares como método para solucionar las crisis políticas. El Gobierno de Azaña estimó que la democratización de las fuerzas armadas era decisiva para el afianzamiento de la democracia y de la República. El Decreto del 25 de abril del 31 conocido como Ley Azaña, daba a los generales, jefes y oficiales, en un plazo de 30 días, la posibilidad de pasar a la reserva conservando sus sueldos. Casi la mitad de los mismos se acogieron a dicha Ley, pero como tantas veces se ha comentado fueron los oficiales más próximos a la República los que pasaron a la reserva, y los monárquicos quedaron al frente de las FF.AA. de nuestro país. El resultado fue que el Ejército, en vez de republicanizarse, se derechizó. Recuérdese que tras el desastre de Cuba el Ejercito contaba en aquel tiempo con 499 generales, 578 coroneles y 23.000 oficiales para una tropa que no excedía de los 80.000 hombres en toda España. Es decir, había un número brutal de jefes, oficiales y generales que vivían de los Presupuestos Generales del Estado y a los que la Monarquía cuidaba con todo esmero.

La primera intentona se produjo en agosto del 32: es lo que conocemos como "la Sanjurjada", el levantamiento militar en Sevilla de José Sanjurjo, ex director General de la Guardia Civil y Comandante en Jefe de las Tropas españolas de Marruecos en tiempos de Primo de Rivera. El golpe pudo pararse, y en ello jugó un importante papel la organización comunista sevillana, que sacó a la población a la calle. Sanjurjo fue condenado a muerte, pero se le conmutó la pena. Después, en el 33, salió de la cárcel bajo el gobierno de Alejandro Lerroux y ya no dejó de conspirar contra la República. (De hecho no hubo un solo día entre 1931 y 1936 en el que cesaran las conspiraciones y las maquinaciones en las FF.AA. contra el régimen republicano).

El segundo gran problema al que tuvo que hacer frente la República fue lograr la separación de la Iglesia y el Estado. La Iglesia se había comportado durante la Restauración como la fuerza legitimadora de los usos y abusos de la oligarquía y el caciquismo. La alianza entre el trono y el altar había sido total por lo que el 24 de marzo de 1932 se confiscaron los bienes de los jesuitas y el 2 de junio de 1933, por la Ley de Congregaciones Religiosas, se determinaba el cese para octubre del mismo año de toda actividad eclesiástica en el terreno docente, problema, quizá, ante el que en que la administración republicana se precipitó, pues debía haber previsto antes cómo resolverlo ya que no había aulas ni lugares suficientes para sustituir los colegios religiosos que controlaban más del 50% de los puestos escolares, sobre todo en la primera enseñanza.

La República puso también en vigor en enero de 1932 las leyes de matrimonio civil, divorcio y secularización de cementerios sin oposición popular alguna y sin que se produjera inmediatamente ninguno de los cataclismos sociales anunciados por los agoreros de la Iglesia española y sus acólitos . Se produjeron importantes crispaciones entre el Gobierno de la República española y la Jerarquía eclesiástica de nuestro país y el Vaticano. Crispaciones que llevaron tiempo después a que la Iglesia española y el Vaticano fueron los principales legitimadores del golpe militar del 36, al calificarlo y bendecirlo como Santa Cruzada, proporcionando a los sublevados una base social ideológica y de masas, sobre todo en determinadas zonas agrarias de nuestro país. No cabe olvidar que el clero bajo acogió con fuerte recelo al régimen republicano, acostumbrado como estaba a ir de la mano de los propietarios de la tierra y de las autoridades militares y de orden público, sobre todo de la Guardia Civil. Había entonces en nuestro país 35.000 curas, 36.000 frailes, 8.400 monjas, 2.900 conventos y 760 monasterios en números redondos que eran la garantía ideológica del poder eclesiástico en una España que contaba, en 1931, con 24.000.000 de habitantes. Para la jerarquía eclesiástica, salvo alguna excepción, la República llegaba a contrapelo de sus intereses. Para el Cardenal Herrera, por ejemplo, la República era "esa catástrofe". También había que considerar que a la cabeza de la Iglesia se encontraba D. Pedro Segura, arzobispo de Toledo y Cardenal Primado quien había pedido a los creyentes en las elecciones de 1931 que "apoyaran a los candidatos que defendieran el orden social existente", es decir, a los partidarios del antiguo Régimen.

La Iglesia no sólo se enfrentó a las leyes republicanas sino que creó su propio Partido político. Ángel Herrera Oria, abogado del Estado, Presidente de Acción Católica y Director de El Debate, siguiendo instrucciones de la jerarquía eclesiástica encargó entonces al abogado José Maria Gil Robles la organización de un partido confesional de derechas. Nacía así Acción Popular, que más tarde se transformaría en el núcleo central de la CEDA, (partido de masas con características parafascistas), que a lo Dollfus, a lo ultradrecha austriaca, en el 34 y el 35 compartiría el poder con el partido radical de Lerroux a lo largo de lo que se llamó el " bienio negro", preludio de la Guerra Civil Española.

Si la Ley de Reforma Militar fue usada sobre todo por la oficialidad antirrepublicana, la Iglesia utilizó a fondo la legalidad vigente para organizar metódicamente su propia formación política. Los púlpitos se convirtieron en tribunas de mítines derechistas y los curas en agitadores de primera clase.

Una tercera cuestión a la que la República quiso dar cauce político fue el tema de los estatutos de autonomía que se reclamaban desde el País Vasco, Cataluña y Galicia, aunque en esta última nacionalidad de forma más atenuada. Ya en el Pacto de San Sebastián se trató del asunto y se dio salida a dichas reivindicaciones. Sin embargo, una parte muy importante de las capas medias del resto del Estado y, sobre todo, el Ejército, recelaban de una política a la que se consideraba separatista. El Estatuto de Cataluña se aprobó el 15 de septiembre del 32 en medio de bastantes dificultades, dificultades que sólo pudieron resolverse favorablemente tras el fracaso del golpe militar que se intentó en Sevilla llamado "la Sanjurjada". El Estatuto, en general, se cumplió de una manera satisfactoria. Puede decirse que Cataluña conoció entonces, durante el periodo republicano, una estabilidad política mucho más sólida que en el resto de España.

La cuestión vasca fue dilatándose en el tiempo, después de varios proyectos autonómicos que, inicialmente con el fallido Estatuto de Estella, comprendía a los navarros. Pero éstos prefirieron seguir su propio camino foral, y estalló la guerra civil sin que se hubiera proclamado el Estatuto de Euskadi, que vio la luz en octubre de 1936, con Alava y parte de Guipúzcoa ocupadas ya por las tropas de Franco.

En otros aspectos, puede decirse que el problema de cómo resolver las demandas nacionalistas y regionalistas sin romper el Estado empezó a encontrar en la República una vía de solución original que se llamó el Estado Integral, ni federal ni unitario, en el que se pretendía compatibilizar las distintas autonomías de difierente techo competencial con un Estado que mantuviera las relaciones exteriores, la defensa y los principales resortes de política económica, social y cultural.

La conciencia nacional había adquirido una gran profundidad en Cataluña, y algo parecido estaba sucediendo en Euskadi. En Galicia comenzaba a suceder, y en Andalucía Blas Infante iba aglutinando fuerzas en favor de un cierto regionalismo de nuevo cuño. La derecha española , como ya se indicó, trataba de identificar todo ese proceso con el separatismo, y en el Ejército la mayoría de la oficialidad anti-republicana y centralista entendía el autonomismo como el principal de los desastres de España. El dirigente derechista Calvo Sotelo decía preferir una España roja a una España rota, aunque lo cierto es que ese político de la Dictadura tampoco estaba dispuesto a aceptar, como luego se vio en el 36, una España de izquierdas aunque ésta llegara por vía electoral.

LA REFORMA AGRARIA

La República también trató de dar respuesta a uno de los problemas más importantes para la modernización de España. Tanto para esa modernización, como para paliar injusticias seculares, las zonas rurales latifundistas eran una rémora en el desarrollo de nuestro país y fuente permanente de injusticias y de desordenes públicos. La Reforma agraria era cuestión

esencial para la República si quería tener el apoyo de las masas trabajadoras. Lo cierto es que la desamortización de Mendizábal en 1840, es decir la venta de los bienes de la Iglesia, había producido un vasto proletariado agrario en la España Occidental. El 14 de abril de 1931 España tenía tres millones de obreros agrícolas sin tierra que esperaban su redención a través de la Reforma Agraria. Los gritos de "Tierra y Libertad" y "la tierra para el que la trabaja" eran el sueño de todos y lo han sido hasta hace bien poco tiempo. Valgan unos datos: el 45% de la población era agraria y 99 grandes de España poseían más de 600.000 Ha: los Medinaceli, los Peñaranda, los Vista Hermoso, los Alba.

El 29 de abril de 1931 se discutió la prórroga automática de los contratos de arrendamiento, y en mayo se dio prioridad a la Agrupación de Obreros Agrícolas en el arrendamiento de las grandes fincas. El 1º de julio se estableció oficialmente la jornada de 8 horas que antes se había logrado para la industria, lo cual, en la práctica de entonces de jornadas de sol a sol, significaba un aumento de salario para los obreros del campo. También se subieron los salarios y se introdujeron jurados mixtos para evitar los conflictos. Se negociaron por primera vez convenios colectivos. Las facultades de contratación de los propietarios se vieron limitadas por el decreto llamado de "términos municipales", que impedía la entrada de esquiroles para abaratar los salarios.

También el 7 de Mayo se promulgó la Ley de laboreo forzoso de tierras para impedir que los grandes propietarios boicotearan a la República dejando de cultivar las tierras: "Si tenéis hambre, que os dé de comer la República", decían los terratenientes. La Ley de Reforma Agraria se hizo esperar hasta el 9 de septiembre de 1932; ley que facilitaba la expropiación de fincas para los campesinos sin tierra en régimen de explotación privada o colectiva. Pero cuando dicha ley comenzaba a tener consecuencias reales se produjo en el 33 el cambio de Gobierno (el de Lerroux y la CEDA) que paralizó su puesta en práctica. La Ley de agosto del 35 fue ya, con un Gobierno de la derecha, una verdadera contrarreforma agraria, lo cual excitó el animo de los jornaleros sobre todo en Andalucía y en Extremadura y provocó graves conflictos.

EL FRENTE POPULAR

Una República que era gobernada por la derecha e incluso por algunas fuerzas que habían sido monárquicas poco tiempo antes. Las elecciones del 36, con la victoria del Frente Popular, supusieron el retorno a la Reforma Agraria. Sin embargo, al estallar la Guerra Civil las realizaciones eran mínimas. Además, la República no había tenido en cuenta el tema de los precios agrícolas: centenares de miles de cerealistas vieron cómo los precios del trigo caían, y se arruinaron en los años 32 y 33 por la recesión que llegó de los EE.UU. No es de extrañar que al comenzar la guerra civil, mientras los jornaleros de las zonas de latifundio se unían a la República, los campesinos de Castilla la Vieja y León se integraran masivamente en el bando franquista.

La crisis económica, ya dije, llegó a España en aquellos campos en el año 29 y dificultó enormemente la solución de los problemas y las reformas proyectadas. El 20 de diciembre de 1932 se promulgó una ley progresiva, la de la renta de las personas físicas. Y la Ley de Ordenación Bancaria representó un reforzamiento importante de la intervención del Estado en el Banco de España, cuyo Consejo de Administración era el centro de la oligarquía financiera. "España es del Banco, no el Banco es de España", se decía popularmente por entonces. La Ley de Contratos de Trabajo reguló el derecho de huelga y el lock-out. El número de parados ascendía a 750.000, el 9% de la población existente. Había levantamientos campesinos, huelgas revolucionarias en determinadas zonas.

EDUCAR AL PUEBLO

La Reforma de la enseñanza fue uno de los grandes logros de la República en un país que se acercaba al 40% de analfabetismo. Por vez primera en la historia de España el propósito de educar al pueblo se convertía en una directiva permanente. La España de cerrado y sacristía, la que ora y bosteza en palabras de Machado, iba a recibir un serio golpe. Tras el cierre de Universidades en el 30 decretado por el Gobierno Berenguer se creó la llamada Universidad Libre. En el 29 funcionaba ya la Editorial Zenit y se publicaba, por ejemplo, a Henry Barbusse, a John dos Passos, a Lenin, a Marx, a Sinclair, a Faulkner , etc. Y la Residencia de Estudiantes y la Institución Libre de Enseñanza funcionaba con gentes, como dije antes, como Buñuel, como Celaya, como Lorca, como Bello. En el 31, las misiones pedagógicas se lanzaron a culturizar nuestro país. Se crearon en tiempos de Marcelino Domingo multitud de nuevas escuelas, al tiempo que se ponían en marcha más de 5.000 bibliotecas ambulantes. Cine, teatro, pintura, libros,. llegaron por primera vez a muchos rincones de España. Los intelectuales se volcaron entonces: Garcia Lorca llevó el teatro La Barraca por toda España, Max Aub hacía lo mismo con una compañía teatral que había creado la FUE. ***Consignas*** de Rafael Alberti, ***Espadas como labios*** de Vicente Aleixandre, ***Poeta en Nueva York*** y ***Bodas de Sangre*** de Lorca, ***La Voz a ti debida*** de Pedro Salinas. Arconada, Carranque de Rios, Benavides -los llamados treintistas intentan novelar la realidad social de la época. El compromiso del intelectual hacía acto de presencia masiva en nuestro país.

BIENIO NEGRO

Pero la lucha de clases se manifestaba en todos los terrenos, aparecían las primeras manifestaciones de la extrema derecha. La corriente fascista que recorría Europa llega a España con la ***Conquista del Estado*** de Jiménez Caballero, Ledesma Ramos y Juan Aparicio que si bien recordaban a Ramiro de Maeztu se dejaban llevar por Jose Antonio Primo de Rivera.

La disolución de las Cortes Republicanas por la defección de Alcalá Zamora y Lerroux dio paso al llamado ”bienio negro”. La abstención de la CNT en las elecciones facilitó el triunfo de la derecha, y en ese tiempo Hitler había alcanzado ya el poder en Alemania. En octubre del 33, en el Teatro de la Comedia de Madrid, Ruiz de Alda, García Valdecasas y José Antonio Primo de Rivera fundan Falange Española. La derecha obtuvo entonces 386 diputados y la izquierda 98, entre ellos Bolívar, primer diputado comunista. El “bienio negro” duró del 33 a octubre del 35.

Lerroux como Jefe de Gobierno trató de desmontar el reformismo de la primera etapa republicana, inició la contrarreforma agraria y expulsó a muchos braceros de la tierra que trabajaban. Paralizó las reformas militares y nombró a generales de clara filiación monárquica y anti-republicana. En el tiempo en que Gil Robles fue Ministro de la Guerra se creó el entramado militar golpista del 36. Volvieron con fuerza las tensiones políticas a Cataluña, donde se paralizó su experiencia autonómica. También se detuvo la negociación con gallegos y vascos, con lo que se dificultó la consolidación republicana en aquellas tierras.

La confrontación en la calle era el pan nuestro de cada día. En las tertulias literarias ya no se hablaba de “flores naturales” sino de conflictos sociales e ideológicos. España olía ya a guerra civil

Al día siguiente de llegar la CEDA al Gobierno en octubre del 34, después de la huelga de Extremadura y de Andalucía, tras la amnistía al General Sanjurjo, la UGT declaró la huelga general y Lerroux el estado de guerra. En Asturias, como se sabe, el conflicto adquirió el carácter de insurrección armada. Sindicalistas de UGT y CNT, militantes comunistas y socialistas al grito de UHP tomaron Oviedo y las cuencas mineras. Entraron en la capital con los fusiles cogidos a la Guardia Civil, con las armas de la fábrica de Trubia. Los dirigían

Belarmino Tomás y Leoncio Peña. En Madrid, algunos grupos socialistas y comunistas trataron de ocupar el Ministerio de la Gobernación situado en la Puerta del Sol. En Barcelona, Companys declaró el Estado Catalán de la República Española, y el 8 de octubre la Legión y los Regulares desembarcaron en Asturias enviados desde Marruecos. Franco y Goded dirigieron la operación desde Madrid, y el General López Ochoa, sobre el terreno, con el Tercio.

En las operaciones militares se empleó artillería y aviación contra ciudades y cuencas mineras. El 18 de octubre de rindió lo que había sido la Primera Comuna española. Había habido violencia. La Prensa cita el fusilamiento de un cura en Turón y también la de un ingeniero de minas, pero calla la represión gubernamental que daría más de 1.300 muertos y 30.000 detenidos en toda España. Las cárceles rebosaban, se conocían torturas, sevicias policiales de todo tipo. Asturias, los presos de Asturias, los muertos de Asturias iban a originar importantes movilizaciones sociales y de los partidos de izquierda. Indalecio Prieto tuvo que marchar al exilio y Largo Caballero fue encarcelado.

Los falangistas desfilaban uniformados por las calles de Madrid, los carlistas lo hacían en Navarra. Estos últimos habían abierto una Academia militar para la formación de oficiales en Italia, y habían enviado a ese país 4.000 jóvenes a instruirse en la guerra moderna. Las luchas contra las condenas a muerte en Asturias movilizó al conjunto de la izquierda. El Gobierno retrocedió y la CEDA volvió al Gobierno, y entonces Gil Robles nombró a Franco Jefe del Estado Mayor central. Llegó la crisis del estraperlo, de Lerroux y del partido Radical. Dimitió Gil Robles y Alcalá Zamora encargó a Portela Valladares, exministro de la Monarquía, la formación de un Gobierno que convocara elecciones generales.

El 16 de febrero del 36 se celebraron dichas elecciones. La campaña electoral por parte de la derecha fue dominada por la CEDA de Gil Robles, que era apoyada por el Vaticano. El Cardenal Pizzar, entonces Nuncio de su Santidad, instaba a los nacionalistas vascos -que por mor del estatuto de autonomía apoyaban a la República- a que se unieran a la CEDA. Decía el cardenal Pizzar que las elecciones eran “entre Cristo y Lenin”. El Partido Nacionalista vasco hizo caso omiso al Cardenal a causa del antiautonomismo de la derecha española. La izquierda se agrupó en torno al Frente Popular a propuesta del PC, cuya fuerza comenzaba a ser significativa por haber jugado un papel importante en la crisis asturiana y, tras el viraje del 32, con la llegada de José Díaz y Dolores Ibárruri a la máxima dirección de dicho partido.

Por otra parte, Dimitrov ante el ascenso del fascismo en Alemania, en Italia y en Austria, había planteado la acción conjunta de social-demócratas, católicos de izquierda, comunistas y otros para hacer frente al fascismo. Y hay que decir que la C.N.T. y la F.A.I. pidieron el voto a favor del Frente Popular. El resultado fue 268 diputados para el Frente Popular, 205 para la derecha y el centro. Los comunistas alcanzaron 17 diputados. Conocidos los resultados, el General Franco instó a Portela Valladares a que declarase el estado de guerra, pero en toda España el entusiasmo popular no tenía límites: manifestaciones en la Puerta del Sol de Madrid por la amnistía; en Oviedo se abrían las puertas de las cárceles, salieron a la calle miles y miles y de personas. En abril, cesó Alcalá Zamora como Presidente de la República y tras un corto período presidido por Martínez Barrio alcanzó el puesto Manuel Azaña, siendo Jefe de Gobierno Casares Quiroga. El Gobierno sustituyó a Franco y a Goded, que fueron enviados a Canarias y a Baleares.

En marzo se entregaron tierras a 75.000 jornaleros en Extremadura, y los grandes financieros como Coca, March y otros comenzaron a evadir capitales para hacer caer el valor de la peseta. Falange y otros grupos, como las JONS de Valladolid y las Juventudes de Acción Popular, se iban fascistizando disparando desde vehículos por las calle de Madrid. Los sindicatos y los partidos de izquierda, socialistas y comunistas, respondieron creando sus grupos armados. El PSOE se radicaliza a través de Largo Caballero, al que se le llamaba entonces el Lenin español, y se enfrentó a las tesis de Prieto y de Besteiro, centro y derecha

del Partido Socialista en esa época. El PC, con 17 diputados y ya con una gran sólida organización, editaba periódicos y revistas. Y de febrero a marzo del 36, pasó de 30.000 a 50.000 militantes. En junio alcanzaba los 84.000 y en julio, antes de la sublevación militar, los 100.000 militantes.

En el Congreso el papel de Gil Robles lo cubre, radicalizado, Calvo Sotelo, el antiguo ministro de la Monarquía, que llamaba al Ejército a imponerse por la fuerza. El 1º de abril del 36 las juventudes socialistas y comunistas se unificaron constituyendo las Juventudes Socialistas Unificadas que llegó a alcanzar medio millón de militantes. La JSO era la organización más importante de la juventud en toda Europa. Banqueros, ,falangistas, carlistas, generales y sectores de la Iglesia conspiraban abiertamente contra la República. El General Mola aparecía en el centro de la conspiración. Desde Pamplona, contacta con otras regiones militares; Fal Conde y otros carlistas tejían también la trama civil y eclesial. Sanjurjo, desde Lisboa, participaba abiertamente en contactos con los servicios secretos de Hitler. Atentados falangistas contra Jiménez de Asua ,redactor de La Ilustración, asesinato del juez Pedregal. En un solo día, 15 de abril mueren violentamente 15 personas, entre ellas Sáenz de Heredia, primo de Jose Antonio Primo de Rivera. El 12 de julio es asesinado el Teniente Castillo a manos de 4 falangistas. En respuesta, Condes, capitán de la Guardia Civil amigo de Castillo y hombre de izquierdas, mata al Jefe de Renovación Española Calvo Sotelo, diputado cuyo cadáver fue encontrado en la carretera del Este. La guerra civil ya estaba servida, el destino de la República ya estaba echado.

"MUERAN LAS CAENAS"

Militares felones, con el concurso del fascismo alemán, italiano y portugués y con la ayuda vaticana, se alzan en armas contra la República. República de oberos y campesinos. República de intelectuales. República de las Brigadas Internacionales, de Zalka, de Malraux, de Fox, de Nicolás Guillén. República de D. Antonio Machado, que ofrece sus brazos al 5º Regimiento para defender Madrid. República de Alberti, de Herrera Petere, de Miguel Hernández, de Vicente Aleixandre. República de “la Marsellesa”, del Himno de Riego, de “la Varsoviana”, de “la Internacional”, del “Eusko Gudariak”, del Batallón del Talento donde se encontraban escritores, investigadores como Faustino Cordón, el biólogo recientemente fallecido y al que se le rindió no hace demasiado un homenaje. Sí, derrota republicana, medio millón de españoles marcharon al exilio. Medio millón en cárceles y campos de concentración. La noche oscura del fascimo iba a durar casi 40 años. Cortes de pelo al cero, torturas, sevicias policiales, aceite de ricino, fusilamientos en cunetas y tapias de cementerios, hasta 1.975.

Sí, somos comunistas y republicanos. Y hemos de decir -ahí está la historia para afirmarlo- que los grandes avances en nuestro país se hicieron en tiempos republicanos, incluyendo la Primera República Española, y que fueron necesarios alzamientos militares para acabar con ellos: el golpe de Sagunto de Martínez Campos para restaurar a los Borbones o el golpe militar de Franco en el 36 para 40 años después montarnos otra restauración monárquica. Así, en 1873 como en 1976, el “vivan las caenas” es cosa borbónica: de los Fernando VII, de los Alfonsos, de los Franco y Fraga que en la historia son y han sido. Y a los 22 años de la Constitución, a los 25 de la muerte de Franco, cabe preguntarse si la situación actual, a pesar de todos los cambios producidos, no adolece de un vicio de origen. “Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a los principios, a la coherencia lógica, interna del lenguaje. Si no recuerdo mal o no me han mentido los libros de historia en los que estudié, la última vez que el pueblo se pronunció sobre si Monarquía o República fue en abril del 31 y eligió República, y esto no es una opinión, sino un hecho, a no ser que se acepte como válido el Referéndum franquista del 47”, escribía no hace demasiado tiempo Carlos Álvarez y yo creo que con razón. Cito de memoria.

TRABAJAR POR LA III REPÚBLICA

Si la democracia y la soberanía corresponden al pueblo como dice nuestra Constitución, si el pueblo es el depositario de dicha soberanía y todos somos iguales ante la ley, nuestra Carta Magna miente. Todavía el pueblo español no ha sido consultado a lo largo de los años sobre la forma de Estado que a sí mismo quiere darse.

Yo, amigos termino aquí dando gracias por vuestra atención, y si mis palabras sirven o han servido para explicar las causas que llevaron a nuestro país a la República en el 31, bien está el haberlas dicho. Bien para que en España un día –no sé cuándo- llegue la III República. Una República por la que será necesario trabajar con el máximo de inteligencia, con el máximo de organización, con el máximo de apertura.. Muchas gracias por vuestra atención.